

Aldrich, o las buenas intenciones

"Rompehuesos", por citar el último título exhibido entre nosotros, ofrecía una imagen de Robert Aldrich que, de alguna forma, se confirma en este "Destino fatal", recién estrenado en España. La de un director que no quiere perder su rumbo, esforzándose en encontrar historias o tratamiento que le acerquen a una problemática más acorde con lo que imagina debe importar a un público joven, consumidor fundamental del cine. Sin poder disimular su clara orientación ideológica —caso del reaccionario "La venganza de Ulzana"—, Aldrich ha querido contemporizar en otros títulos —"La banda de los Grissom", "La leyenda de Lilah Clare"—, y ahora en estos dos que citamos. Lo que suele ocurrir, sin embargo, es que esa contemporización, si no viene acompañada de un sustento ideológico auténtico, acaba por ser, cuanto menos, contradictoria o ambigua. "Destino fatal" responde a ese resultado, aunque en este caso, no obstante, dado que Aldrich ha querido jugar al cine "retro", sin necesidad de una ilustración "de época", el mundo en el que se mueve le es más cercano: el cine dentro del cine, o por lo menos la utilización de unos valores mitológicos propios del cine enfrentados a una situación real de nuestros días. El personaje del policía conflictivo que se enfrenta a un "caso" peculiar y que va rompiendo lentamente los moldes violentos sobre los que asienta su trabajo hasta "entender" las condiciones que animan a los personajes sujetos a su investigación, tiene una referencia clara al "thriller" de años treinta (que, por otra parte, se cita concretamente en la película). Aldrich imita ese cine, ironiza sobre él, lo homenajea... Los límites de su trabajo le sirven al tiempo para sujetarse en el planteamiento básico de la película, cuyo resultado, sin dejar su ambigüedad, no deja de tener cierto interés. De otro modo, posiblemente, Aldrich podía haberse salido por peteneras. En su caso, nunca se sabe... Es probablemente el triste destino de los

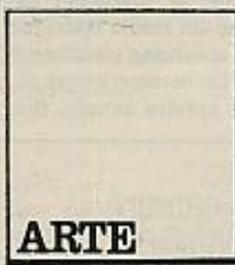
directores sujetos a las decisiones de las productoras, la de ser artesanos "de lo que les echen". ■ D. GALAN.

Damiano copia a Damiani

El cine italiano ha conseguido imponer sus productos en el mercado cinematográfico mundial a base de repetir en parte los esquemas de Hollywood —mercantilización de las estrellas, estructuración de los "géneros", distribución organizada por todo el mundo—, y en parte también al haber descubierto los adjetivos de un cine nacional. Surgen así una serie de obras posibles dentro de la libertad expresiva que determina esa necesidad industrial, que en un terreno menos comercializado no podrían concebirse; el estudio o la denuncia de una serie de circunstancias de la política italiana tienen el visto bueno de los productores en la medida en que todo ello puede traducirse en sabrosos dividendos. La sumisión a ese servicio no permite obras rotundas, pero sí aproximaciones que pueden considerarse válidas. Fue el caso, a nuestro juicio, de la película de Damiano Damiani, "Confesiones de un comisario", film de éxito que ha permitido a su autor la repetición de la "fórmula" en "¿Por qué se asesina a un magistrado?", de reciente estreno en España. Pero la repetición simple y llana no puede conducir a un film similar y aquí, a pesar de los intentos de Damiani, su película no supera su propia caricatura. Más aún, la anécdota narrada en esta ocasión —ya que de cine "de anécdota" se trata en todo caso— adquiere una ambigüedad política notable, debido sin duda a que Damiani trata de encontrar un camino más rotundo que el de "Confesiones...", pero sin una concreción de base suficiente. La muerte de un magistrado a quien un director de cine denunció en una película (y hay referencias concretas a "Confesiones...") parece permitir el desvelamiento de la corrupción que reina en la alta magistratura siciliana, y así lo entienden las fuerzas de izquierda a las que el director de cine en cuestión pertenece. Sin embargo, el descubrimiento por

parte de éste de que el asesinato del magistrado sólo se debe a un problema pasional, le hace aclararlo así, con lo que destroza la operación política iniciada por la izquierda. Una frase dirigida a estas fuerzas ("Sols iguales que ellos" —por los de la mafia—) cierra el film.

¿Desencanto personal? ¿Justificación de "excesos anteriores"? El problema de "¿Por qué se asesina...?" no estriba en esa ambigüedad del "mensaje", sino en el aburrimiento que parece haber soportado Damiani durante su realización; el escaso interés que él parece haber volcado (en situaciones tópicas, tópicamente resueltas) se comunica, inevitablemente, al espectador. Y es que la tolerancia de la gran industria tiene unos límites inapelables. ■ DIEGO GALAN.



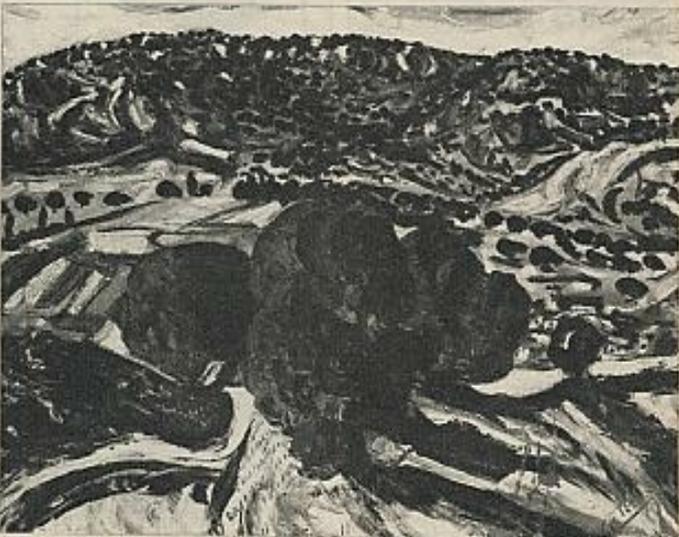
A pesar de su nombre, el pintor Luciano Díaz Castilla es castellano de Avila —de Piedrahita o de por ahí cerca— y, como si que afincado y vinculado a su terrón natal, todo eso se le nota a su paisaje. Porque, además de pintor, Díaz Castilla es paisajista. Y digo que es castellano "a pesar de su nombre" por lo de la redundancia. Pero hay más: yo

diría que es castellano, además, por otras circunstancias. Por su sentimiento del paisaje, por ejemplo. Y añadiría que una observación superficial del paisaje de Díaz Castilla puede acusarle, además, de una cierta influencia de Benjamín Palencia. Esa sería una observación fácil y engañosa... Pero déjenme hablar inmediatamente de su exposición.

Díaz Castilla. Galería Frontera. Madrid

Sería fácil, digo, identificar en el paisajismo de Díaz Castilla el magisterio de Benjamín Palencia. Porque, estoy seguro, el conocimiento de la obra de Palencia le ha servido a Díaz Castilla para confirmarse en su propio magisterio: para saber que no estaba solo en ese tratamiento de la luz y del color sin finalidad impresionista. Con una finalidad más bien expresionista, pero... bárbaramente expresionista, de un expresionismo más rural que civil, más determinado por el calor de una reastrojera que por el calor en sí del trigo o de la cebada recién cortados.

Por cierto que, contra mi propia norma, he salido muy pronto al paso de quienes acusan a Díaz Castilla de palentino (de quienes pueden acusarlo, más bien). Porque, para tales ocasiones, mi respuesta es ésta: Bueno, ¿y qué? La pintura se produce tras insinuaciones de la pintura. Y todo artista es hijo de padres conocidos. Lo importante es que la pintura de Díaz Castilla, estilísticamente, es de él, no de Palencia



Díaz Castilla.